

LOS POETAS DE *CÁNTICO* Y LA GENERACIÓN DEL 27

OLGA RENDÓN INFANTE
Universidad de Cádiz

RESUMEN:

El grupo cordobés *Cántico*, integrado por Ricardo Molina y Pablo García Baena entre otros, proyectó la recuperación de la tradición poética iniciada por la Generación del 27. La propuesta se concretó en tres acciones: ofrecer la revista a los miembros de esa generación –exiliados o no- para que colaborasen con publicaciones originales, dedicar números especiales a homenajear la figura de alguno de ellos, como el caso de Luis Cernuda, e invitarles a participar en la vida cultural de Córdoba mediante conferencias y encuentros literarios organizados por los propios poetas de *Cántico*. Este estudio pretende dar cuenta de cada una de estas iniciativas tomando como fuente, entre otros documentos, el valioso epistolario aún inédito que Molina mantuvo con algunos miembros de esta generación.

PALABRAS CLAVE:

Poesía, revista, *Cántico*, Ricardo Molina, Generación del 27, epistolario.

ABSTRACT:

The group from Cordoba *Cántico* formed by Ricardo Molina and Pablo García Baena amongst others, endeavoured to recover the poetic tradition initiated by the “1927 Generation”. This resulted in 3 different steps: 1st to offer the members of the “1927 Generation” to contribute to the publications of original works, 2nd: to publicize special editions of the magazine honoring specific writers such as it was done with the works of Luis Cernuda and 3rd: Invite them to participate in the cultural life of Cordoba through conferences and literary meetings organized by the *Cántico* Poets themselves. This research pretends to acknowledge each of these initiatives, based on documents like the invaluable, yet unpublished, correspondance between Molina and other members of the “1927 Generation”

KEYWORDS:

Poetry, magazine, *Cántico*, Ricardo Molina, 1927 Generation, correspondance

«El grupo *Cántico* no es la continuación del 27, sino la continuación del Modernismo y su proyección sobre el 27.» Con estas palabras de Vicente Núñez¹ se resume la línea poética que influyó en los cordobeses.² Sin lugar a dudas, en esta

¹ Palabras recogidas por su amigo Pablo García Baena en una entrevista de Antonio Jiménez Millán publicada en *Fin de Siglo, Revista de Literatura*, (nº 11, Jerez de la Frontera, 1985 págs. 2-5).

² No en vano, en más de una ocasión reconocen que sus poetas de cabecera, aquellos que más profunda huella han dejado en sus poemas, han sido, además de los poetas del 27, Rubén Darío, el Antonio

declaración podrían sustentarse los principales supuestos teóricos que los críticos especializados destacan al estudiar la poesía de *Cántico*.³

Recordando el panorama nacional de revistas literarias, de aquellas que nacieron en estos años finales de los cuarenta en Andalucía la mayoría siguió la brecha abierta por Juan Ramón Jiménez y su «poesía pura», contraria a la estética realista o tremendista que predicaban las revistas del norte. Es por ello que la crítica general las acusa de haber vivido centradas en sí mismas, evitando, de esta manera, el enfrentamiento con la realidad nacional circundante. Dentro de esta corriente aparecieron las hojas de poesía *Cántico*. En ellas defendían los cordobeses una poesía distante de las líneas estéticas de las demás publicaciones peninsulares, independiente de las corrientes rehumanizadas del grupo de *Espadaña*, clasicistas de *Garcilaso* y vanguardistas de los últimos grupúsculos que aún se mantenían. Buscaban, llevados por una preocupación “más centrada en la palabra que en el hombre”,⁴ crear una revista que recuperara la tradición poética iniciada por la Generación del 27 truncada por la guerra.

Analizar pormenorizadamente las influencias que las voces del 27 ejercieron en la poesía de cada miembro del grupo *Cántico* en general y en la obra de Ricardo Molina en particular es materia de estudio que sobrepasa la intención de este trabajo y que nos reservamos para otra ocasión. Basten señalar algunos detalles importantes relativos exclusivamente a la revista, caso del propio título: homenaje no sólo a la pasión mística de San Juan de la Cruz,⁵ sino también a la obra magna del maes-

Machado de las *Soledades* y en especial Juan Ramón Jiménez. Un par de ejemplos concretos: El día previo a la visita a Córdoba de Aleixandre, Molina publicó también en el diario *Córdoba* bajo el título «Velintonia 3, hogar de la poesía», unas palabras en las que destacaba cómo el poeta de Velintonia llevaba ya diez años sirviendo de modelo estético en España y en América para cualquier joven con pretensiones literarias; influencia tan profunda que «sólo hallamos sus similares en los casos de un Rubén Darío o un Juan Ramón Jiménez» apostilla el texto. En la entrevista concedida a García Baena arriba citada, el poeta confiesa: « [...] Yo sigo pensando que Juan Ramón es el poeta más grande del siglo. [...]»

³ Guillermo Carnero, el primero en abrir el camino de los estudios sobre el grupo cordobés con su fundamental obra de 1976, señala precisamente, como primera característica del grupo la: «Presencia abrumadora de un intimismo de contenido culturalista, heredado del Modernismo y los poetas del 27». (*El grupo «Cántico» de Córdoba. Un episodio clave de la historia de la poesía española de postguerra*. Madrid, Ed. Nacional, 1976, pág. 41)

⁴ Manuel J. Ramos Ortega, *Las revistas literarias en España entre la “edad de plata” y el medio siglo*. Ed. De la Torre, Madrid, 2001. pág. 36.

⁵ Hacia 1942 los jóvenes cordobeses preparan la versión escenificada del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz, montaje dirigido por García Baena y Ginés Liébana junto a Gabriel García Gill.

tro Jorge Guillén, o el lema «*Celeste Córdoba enjuta*» con que se cierra cada ejemplar, verso extraído del romance que Lorca dedicó al arcángel San Rafael, patrón de la ciudad.⁶ El título y el lema constituyen detalles de firma, de adscripción a un ideario o una intención, pero la profunda vinculación con el grupo del 27, las estrategias para cumplir con el propósito de estrechar lazos con esta generación, se concretan en tres campos:

En primer lugar, las invitaciones dirigidas a los poetas del 27 —exiliados o no— a participar en la revista a través de envíos de originales. Principalmente valiosas son las aportaciones de Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego y Luis Cernuda.

Por otra parte, la preparación de los números en homenaje a alguno de estos poetas del 27, en concreto el dedicado a Luis Cernuda —número doble correspondiente a los meses de agosto-noviembre de 1955—, en el que firmaron todos los miembros de *Cántico*, algunos compañeros de generación del sevillano y otros poetas coetáneos.

Y por último, numerosos ofrecimientos a participar en actos y encuentros literarios de gran fuste celebrados en la ciudad andaluza organizados por este grupo de amigos con Ricardo Molina al frente. Actos que consistieron básicamente en lecturas poéticas y conferencias sobre temas eruditos relacionados con la ciudad andaluza. Veamos cada uno de estos apartados.

1. Colaboraciones y reseñas de los poetas del 27

Aunque el reflejo del 27 es patente desde los comienzos de las hojas de poesía, cotejando los números se puede apreciar que las colaboraciones de estos poetas, así como las referencias a sus obras o su imaginería, se hacen más frecuentes en la segunda etapa de la revista (1954 - 1957). No obstante, ya los cordobeses consideraron que el mejor comienzo para enlazar con la Generación del 27 era publicar el poema «Ya las retamas se ven» de Don Luis de Góngora, con el se que abre el número 2 de diciembre de 1947; poeta barroco emblemático por dos circunstancias: por ser guía y estandarte de este grupo poético y por ser cordobés.

⁶ El romance en cuestión titulado «San Rafael» subtítulo «Córdoba» perteneciente a su obra *Romancero gitano*, termina con los siguientes versos:

Un solo pez en el agua.

Dos Córdoba de hermosura.

Córdoba quebrada en chorros.

Celeste Córdoba enjuta.

Desde el primer número la presencia de poetas del 27 se inaugura con dos reseñas dedicadas a sendos maestros: Gerardo Diego y Jorge Guillén. Sobre el primero escribe Molina bajo el seudónimo de «Uriel» un texto titulado «Gerardo Diego y el soneto» en el que pone de manifiesto la importancia del poeta santanderino como virtuoso responsable de la supervivencia de este poema estrófico. Cierra esta sección una breve nota sobre Guillén, al que alaba como rimador tomando como muestra su poema «El Distráido»: «Como toda la poesía de Guillén, es algo inédito, extraordinario en nuestra poesía» concluye la nota.

También desde principios del año 1948, coincidiendo con el periodo en el que la correspondencia entre Ricardo Molina y Vicente Aleixandre se hace más frecuente, la presencia del poeta de Velintonia en las hojas de poesía cordobesas toma cuerpo. El número 3 de febrero de 1948 se abre con la espléndida «Carta a los fundadores de *Cántico*», en la que queda bien explícita la confianza en la calidad y la altura de la revista. En el siguiente número el mismo Ricardo Molina, de nuevo a través de su seudónimo «Uriel», dedica una de sus notas críticas al maestro: «Vicente Aleixandre o el fuego creador o destructor», un análisis de la interpretación del poeta de *La destrucción o el amor* a partir, no sólo de su lectura, sino también del intercambio de información de primera mano extraída de las cartas que se remitieron y que se conservan en el archivo de la familia Molina.

La presencia de miembros del 27 en *Cántico* continúa con la publicación de tres poemas de Luis Cernuda, casi inéditos aún en España, pertenecientes a su libro *Como quien espera el alba*: «Primavera vieja», «El andaluz» y «Elegía anticipada».

Ya en su segunda época la voz de los poetas de la generación precedente se hace más constante. El primer número publicado en abril de 1954 se inaugura con un poema de Aleixandre: «El niño y el hombre» y un estudio de Francisco López Estrada dedicado a «El nuevo quehacer de Don Quijote. (Memoria de Pedro Salinas)». El siguiente número, perteneciente a los meses de junio y julio de ese mismo año, se abre con el poema «Invasión» que el maestro Jorge Guillén le envía a modo de «simple saludo cordial», tal como le escribe en una carta remitida el 25 de marzo.⁷ Incluye asimismo este ejemplar un estudio comparativo de José Luis Cano sobre «La pasión por la belleza en Keats y Cernuda». En octubre se edita el número 4 y en él Ricardo Molina vuelve a rescatar la figura lamentablemente lejana de este sevillano exiliado en una nota crítica titulada «Justicia poética: Luis Cernuda». El siguiente número, como ya ocurrió en la primera época, dedicada a la poesía de temática religiosa, recoge un poema de Gerardo Diego «Letrilla de la

⁷ Carta conservada en el archivo familiar de la familia Molina.

Virgen Blanca (Isla de la Palma)» que abre la revista, y en el siguiente la presencia de un miembro del 27 vendrá de la voz del joven poeta mallorquín Blai Bonet, que publica en su lengua, acompañada de una traducción en castellano, su «Carta a Vicente Aleixandre». Otra nota crítica de Ricardo Molina, esta vez dedicada a su amigo Dámaso –«*Hombre y Dios*, de Dámaso Alonso»– constituye la breve presencia de esta generación poética en el número 7 de la revista, correspondiente a los meses de abril y mayo de 1955. El número 8, centrado en la poesía china, no incluye colaboración ni alusión a poeta alguno del 27, pero ya en aquel momento se estaba recopilando y preparando el material necesario para el número doble en homenaje a Luis Cernuda, en el que se incluyen textos, entre muchísimos otros ilustres colaboradores, de Federico García Lorca, de Vicente Aleixandre y del propio poeta homenajeado. El número doble correspondiente al año 1956 recoge una nota crítica de Ricardo Molina, como siempre dentro de su apartado «*Ita et nunc*», en la que homenajea al autor de *Romancero gitano* con su «Córdoba y Federico García Lorca». Ésta será la última alusión de un poeta del grupo del 27 en las hojas de poesía cordobesas. El número 13, el último, el único que llega a publicarse en el año de 1957, no recoge testimonio de ninguna de las figuras de la generación de poetas-maestros.

Era evidente que en ese año era escaso el presupuesto disponible para mantener viva la publicación e insuperables los obstáculos contra la censura que había que afrontar para que sobreviviera un número más. No obstante, durante el tiempo que se mantuvo viva la revista, las muestras de entusiasmo que le hacen llegar a Ricardo los miembros del 27 con los que se escribe, ayudaron a alentar en la distancia el proyecto de gran envergadura que suponía dar a la luz un nuevo número de las hojas de poesía *Cántico*.

1.1. Colaboraciones de Vicente Aleixandre en *Cántico*

Ricardo Molina, como siempre intentando abrir cauces a esta publicación, se pone en contacto con Vicente Aleixandre con el humilde propósito de invitarle a que participara en la revista. Para conseguirlo tan sólo usa como reclamo la propia calidad del primer número, y ese ejemplar es suficiente para mover al gran poeta a la redacción de una carta en la que se dirige al joven editor con el fin de remitirle un documento de inestimable valía literaria y humana: la «Carta a los fundadores de *Cántico*». Es posible que Ricardo Molina pensara que su petición sería denegada o, cuanto menos, aplazada ante el aluvión de publicaciones y colaboraciones que requerían la atención del maestro. Sin embargo, para asombro de todos los poetas

del grupo, Vicente Aleixandre no sólo no se muestra extraordinariamente satisfecho con la publicación, sino que decide dedicarles una carta-homenaje a sus fundadores, un detalle completamente inusual, como prueba de la confianza que deposita en las hojas cordobesas.

Se trata de la primera carta dedicada a una revista que acababa de nacer; otras serán posteriores –recuérdese la dedicada a la revista santanderina *La isla de los ratones* o a la melillense *Manantial*, y a tantas otras–, pero ésta inauguró la tradición de Aleixandre de apadrinar las revistas poéticas a través de su protección con una carta de aprobación, de entusiasmo y de ánimo con la que se abría algún número. El hecho de que *Cántico* fuera la primera en hacer alarde de este honor puede deberse, quizás, a una especial afinidad entre el poeta y este grupo andaluz. No es difícil suponer que la coincidencia de haber nacido en Andalucía fuera un punto más en común entre Aleixandre y los cordobeses.

Desde el momento en que el maestro, a través de ese envío, se convierte en mentor de estas nuevas promesas, su opinión al respecto de la publicación es fundamental. Su dilatada experiencia como poeta y, principalmente, como lector de revistas literarias, le permite señalar con total seguridad a los cordobeses los rasgos más valiosos que conforman la estética y la impronta auténtica de la revista.

Para alcanzar el objetivo de convertir *Cántico* en esa publicación fundamental de poesía que pretendía llegar a ser, Vicente Aleixandre contribuye desde su puesto en dos frentes. En primer lugar enviando sus propias colaboraciones. Comenzando, como se acaba de señalar, por la «Carta a los fundadores de *Cántico*» en la primera etapa de la revista. En la segunda época sus envíos son más frecuentes. Ya para el primer número de abril de 1954 regala su poema «La existencia»⁸ que será sustituido en el último momento por otro, «El niño y el hombre».⁹ El envío de esta colaboración en la carta del 6 de noviembre de 1953, va arropado de nuevo por unas calurosas palabras de ánimo y alegría por la resurrección de la revista: «Te incluyo un poema mío para el primer número, como deseas, y me alegra enviártelo y asociarme al regocijo vuestro».¹⁰

También dentro de esta segunda etapa, en concreto el 15 de octubre de 1955, le envía por carta otra colaboración fundamental: el original en prosa para el número doble en homenaje a Luis Cernuda, titulado «Luis Cernuda deja Sevilla».¹¹

⁸ El poema se incluye en su libro *Historia del corazón* (Espasa Calpe, Madrid, 1954) bajo el título «Ascensión del vivir».

⁹ De su libro *Historia del corazón*, Espasa-Calpe, Madrid, 1954.

¹⁰ Incluida en el archivo familiar de los Molina, como todas las demás cartas de las que se haga referencia en este estudio.

¹¹ Tal como anunció en carta del 6 de abril de 1955, Vicente Aleixandre escribió una semblanza de Luis Cernuda a propósito de su primer encuentro con el joven sevillano; documento que formó parte pos-

En segundo lugar, dado su amplio conocimiento en extensión y profundidad del panorama poético español de aquellos años, y definido ya el cambio estético de la revista en esta segunda etapa, Vicente Aleixandre pone en contacto a Ricardo Molina con lo más selecto de la poesía en España, pero no necesariamente escrito en lengua española; se trata de una invitación a crear un producto que supere las fronteras andaluzas y se expanda más allá de la poesía escrita exclusivamente en castellano. El poeta de Velintonia proporciona a Ricardo Molina datos de jóvenes poetas –Jaime Ferrán, Blai Bonet, López Pacheco...– que contribuirán a dotar la revista de una calidad inusual, convirtiéndola en una publicación más selectiva y por lo tanto más elitista y de un nivel estético superior, a la vez que logra que *Cántico* sea una publicación abierta y aglutinadora, tal como pretendía Molina. Este gesto constituye un testimonio indudable del interés de Aleixandre hacia esta revista y supone un impulso que en su momento valió para que saliera a la luz con más fuerza y grandeza que antes, constituyéndose como una publicación de obligada referencia en el panorama español de posguerra.

1.2. Colaboraciones de Luis Cernuda en *Cántico*

Ya adelantamos que la figura de Luis Cernuda, al ser miembro del 27 y joven andaluz, se conforma como uno de los referentes poéticos comunes más evidentes entre los miembros de *Cántico*. Hay noticias de la lectura de sus poemas desde que, siendo adolescentes, los jóvenes cordobeses se hacen con las primeras creaciones del sevillano de manos de Juan Bernier, en unos años en los que Luis Cernuda aún no era el poeta reconocido e inconmensurable que llegaría a ser.

Su origen andaluz, su raíz romántica, su sentimentalismo, su vocación bucólica adornada de finura y envuelta en un tono elegíaco, el ritmo y tono de su poesía lo confieren desde el principio como modelo estético de los jóvenes poetas cordobeses y, por lo mismo, estos lo utilizaron como nexo de unión, como puente entre aquella Generación del 27 y la nacida en torno a la revista *Cántico*.

Su presencia en las hojas de poesía es reveladora: aparece directa o indirectamente en casi todos los números, bien a través de notas críticas, dedicatorias y estudios de su poesía realizados por asiduos colaboradores de la revista, bien a través de

teriormente de su libro en prosa *Los encuentros* (1958). Sabemos que el texto ya lo tenía esbozado un año antes; así se lo hace saber a José Luis Cano en carta del 15 de agosto de 1954 (J. L. Cano, «Prólogo», en *Los encuentros* de Vicente Aleixandre, Madrid, Espasa-Calpe, 1985).

publicaciones de poemas suyos aún inéditos en España y de colaboraciones remitidas personalmente por él.

En cuanto a sus colaboraciones en *Cántico*, es de obligado cumplimiento reconocer la importancia de José Luis Cano como solícito intermediario entre los poetas. Conocedor de que el futuro de cualquier tipo de publicación literaria dependía en parte de las relaciones y los intercambios que mantuviera con el resto, el director de *Adonais* compartió con Ricardo Molina direcciones de poetas exiliados – de Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Luis Cernuda en EEUU, de Alberti en Argentina... – suscripciones, datos de posibles colaboradores, reseñas y, sobre todo, textos originales. Así ocurrió con los tres poemas de Cernuda que Cano facilitó a Molina con el consentimiento de su autor y que se incluyeron en el número 5 de *Cántico* correspondiente al mes de junio de 1948: «Primavera vieja», «El andaluz» y «Elegía anticipada» pertenecientes a su libro *Como quien espera el Alba* (1947); un libro que se podía considerar casi inédito en España, y que, indudablemente, dio prestigio a la revista al ofrecer esas tres composiciones a modo de adelanto de un libro que tardó bastante en ver la luz en nuestro país.

No obstante, a pesar de que la labor de intermediario de Cano fue muy valiosa, no fue exclusiva para poder acceder a los textos de Cernuda que estaban editándose modestamente en el extranjero. Hay constancia de que en la primavera del 51 el propio poeta exiliado le remitió a Molina, a petición expresa de éste, un ejemplar algo defectuoso de la obra en cuestión, así como un ejemplar de la segunda edición de *La Realidad y el Deseo* publicada en México años antes.

Para destacar la predilección de los cordobeses por este paisano andaluz en el exilio baste recordar que se trató del primer poeta cuya vida y obra originó material suficiente para un número doble de la revista: los números 9 y 10 correspondientes a los meses de agosto-noviembre de 1955. Un homenaje que respondía a dos objetivos: rescatar las figuras andaluzas en el exilio y hacer justicia a un valioso poeta olvidado. Conociendo el rechazo visceral de Cernuda a casi cualquier tipo de revista literaria española y para conseguir en concreto su beneplácito al homenaje, Ricardo Molina se preocupó de granjearse su amistad a través de envíos de ejemplares de la revista, y de poemas dedicados a su persona, como aquella «Oda a Cernuda» que Molina publica en el número 1 de la revista gaditana *Platero*, y que le fue enviada a través de sus colegas mismos de Cádiz.

Es de suponer que todas estas muestras de generoso afecto, estos elogios y emotivas intenciones, fueron penetrando en la fría y mortecina soledad del exilio con la frescura de un aire renovado y febril que favorecía la predisposición a cualquier tipo de colaboración que se solicitara.

1.3. Colaboraciones de Jorge Guillén en *Cántico*

El poeta y profesor Jorge Guillén cuenta entre aquellos poetas del grupo del 27 que prestaron una especial atención a los cordobeses. Las referencias a él son inevitables desde el momento en que los amigos que formaban aquella «Peña Nómada» deciden bautizar la revista, entre otros varios motivos, para acogerse al espíritu que Guillén quiso infundir al libro de poesías publicado bajo el mismo título en 1928. Un libro que lo señaló como el poeta vitalista del 27, una obra que se elevaba como un canto a la creación, a la armonía del universo y a la satisfacción por la propia existencia; una obra que impresionó a los jóvenes poetas cordobeses por su capacidad para desnudar la palabra de artificios y recoger las ideas y los sentimientos elevándolos por encima de lo retórico.

La simpatía hacia este grupo andaluz se hace palpable desde que Molina le envía el primer ejemplar de la revista *Cántico* y su libro titulado *Elegías de Sandua*, recién publicado el año anterior. Guillén parece entender que las voces de estos jóvenes han venido, por fin, a despertar del letargo a la poesía dormida de Córdoba; parece reconocer la juventud del grupo y su esencialidad como valores supremos de la revista. Sin embargo, su envío de originales se hace de rogar, y hay que esperar hasta la segunda etapa de la vida de *Cántico* para poder ver publicado un poema suyo. Se trata de «Invasión», incluido posteriormente en su obra *Clamor* (1957), que salió finalmente publicado en el número 2 correspondiente a los meses de junio-julio de ese año de 1954. El original en cuestión lo envía en carta fechada el 25 de marzo de 1954 acompañado de estas entrañables palabras:

Persisten ustedes en llamar a su revista *Cántico*. ¡A pesar de todo!. A pesar de estos días tan oscuros: 1954. ¡Admirable voluntad de cantar –o sea, de vivir, de convivir y persistir-. [...] Le envió una poesía: simple saludo cordial. Si usted quiere más textos, se los enviaré con mucho gusto.

La respuesta de Guillén a la invitación de Molina de colaborar con la revista presagiaba un número mayor de textos enviados, sin embargo, su presencia es así de escasa. Es muy probable que los compromisos del maestro, sus constantes viajes y cambios de residencia impidieran una mayor afluencia de envíos, de intercambios y colaboraciones que tanto habrían podido enriquecer a la revista. No obstante, el maestro nunca perdió de vista esta publicación andaluza; desde el exilio parece estar al tanto de los números que van saliendo a la luz, de la marcha y del estado de salud de la revista; información que era fielmente proporcionada, cómo no, por el propio Ricardo Molina.

1.4. Colaboraciones de Gerardo Diego en *Cántico*

Al igual que hiciera con los demás remitentes, el líder del grupo entra en contacto con lo más selecto del panorama poético nacional a través del envío del primer ejemplar de la publicación cordobesa. Ésa es la carta de presentación de todo el grupo, a la que se suman libros de poemas, textos dedicados, etc. que Molina adjuntaba a modo de regalo y de humilde reconocimiento. Hablando de reconocimientos, en ese primer número de octubre de 1947, dentro de la sección «Notas» aparece ya una referencia al poeta santanderino titulada «Gerardo Diego y el soneto», firmada por el propio Ricardo Molina bajo el seudónimo de «Uriel», en la que alaba al maestro con estas palabras: «El soneto de Gerardo Diego representa la cima de su perfección poética, compendiando a la vez toda su sabiduría, virtuosismo musical y madurez de artífice del verso.»¹²

Impresionado quizás, no sólo por las muestras de admiración, sino por la calidad del número inicial, Gerardo Diego, al igual que todos los demás grandes poetas, intuye las hojas de poesía como la cristalización final de los deseos del grupo cordobés, cuyos nombres empezaban ya a sonar en los círculos poéticos gracias a su participación en el concurso literario *Adonais* de 1947, a cuyo premio aspiraban los tres poetas fundadores y que recayó finalmente en la *Alegría* de José Hierro.

Gerardo Diego, satisfecho por el envío, aceptó la invitación de colaborar en la revista en dos ocasiones con unos poemas que dejan traslucir dos grandes pasiones personales relacionadas con Andalucía en general y con Córdoba en particular: un poema de temática taurina —«Himno a los subalternos»— y otra de contenido mariano —«Letrilla de la Virgen Blanca (Isla de la Palma)»— para el número especial dedicado a la poesía de temática religiosa. En concreto el primero apareció en el número 5 (junio, 1948), acompañado de un dibujo de Miguel del Moral. El himno pertenece a su libro publicado posteriormente bajo el título *La suerte o la muerte: poema del toreo* (1963), y trata de una composición de exaltación de la fiesta nacional en la que las figuras de los picadores y banderilleros, obreros de la tauromaquia cuyos méritos parecen quedar siempre bajo la sombra del matador, salen por fin encumbradas. Por su parte, el poema de devoción mariana «Letrilla de la Virgen Blanca (Isla de la Palma)» se publicó también en el número 5 pero de la segunda etapa (diciembre-enero, 1954- 1955), en un número especial dedicado a la Virgen. Para esta ocasión Ricardo Molina no dudó en solicitar la colaboración de uno de los miembros del 27 que más desarrolló en su poesía la temática religiosa.

¹² *Cántico*, n.º 1, octubre de 1947, pág. 12.

En definitiva, se aprecia que son escasas las colaboraciones de Gerardo Diego; sobre todo si se tiene en cuenta la estrecha relación de amistad que lo unió a los cordobeses. No obstante, su palabra fue prolífica y generosa en lo que respecta a otras actividades, en concreto a la participación en encuentros poéticos celebrados en la ciudad andaluza, como se verá en apartados siguientes de este trabajo, y en especial a las recurrentes menciones al grupo en su programa radiofónico *Panorama Poético Español*, emitido en el Tercer Programa a través de las ondas de Radio Nacional de España.

Quizás el radiotexto más conocido, o al menos, el que parece que tuvo mayor repercusión en tanto que supuso un empujón definitivo para dar a conocer las hojas de poesía, fue el titulado «*Cántico* en Córdoba»; un entusiasta discurso de bienvenida que se retransmitió a finales de ese año de 1947 y que se abrió con un comienzo memorable:¹³

Cántico en Córdoba. Los dos esdrújulos se yerguen con la arbolada exaltación del júbilo. Córdoba. Cántico. Júbilo. No importa que estemos en Córdoba la llana. Llana, sí, pero también esdrújula, también vertical, serrana, columnaria. «Celeste Córdoba enjuta», reza el inolvidable verso adoptado como lema por la revista, por las «Hojas de Poesía», que con el título de «*Cántico*» vienen publicándose en Córdoba.

Tales palabras de aliento debieron infundir en los poetas de *Cántico*, y en especial en Molina como motor y espíritu de la revista, el ánimo necesario para continuar la ardua e ingrata labor que entrañaba la edición de unas hojas de poesía en una época en la que escaseaba el papel, la sensibilidad cultivada por varones levantaba sospechas y la cultura, como todo, estaba politizada en extremo. En estas circunstancias el poder contar con la estimación de figuras señeras del panorama literario era una baza que jugaba a favor de los cordobeses.

También Diego dedicó dos de estos radiotextos a esbozar una semblanza y una reseña de la obra de sendos miembros del grupo, los más activos: Ricardo Molina y Pablo García Baena. Sobre el primero emitió un artículo radiofónico que, posteriormente, apareció en imprenta en *ABC* el 4 de agosto de 1949 bajo el título de «Un retrato y un libro», en el que presentaba las, hasta ese momento, trece elegías que constituían el poemario *Elegías de Sandua*. Sobre García Baena publicó otro radiotexto el 17 de ese mismo mes también en *ABC* con el rótulo de «Pablo», en el que dedicaba muy elogiosas palabras para aquel joven de *Junio* que por aquellas fechas de 1949 presentaba su poemario *Mientras cantan los pájaros*.

¹³ Extraído del documento original fotocopiado, facilitado por el profesor Manuel J. Ramos Ortega.

De nuevo años más tarde, en concreto en 1968, con motivo del fallecimiento de Molina, Gerardo Diego volvió a dedicar otro radiotexto que, bajo el título aglutinador de «Ricardo Molina en dos tiempos» recordaba aquel otro artículo dedicado hacía casi veinte años; y lo completaba con otro al que bautizó «Última *Elegía de Sandua*». Apareció a su vez publicado este radiotexto en el número 256 de *Ínsula* correspondiente a marzo de 1968. Sus palabras, que se confundieron entre las innumerables muestras públicas de afecto y dolorido pésame, no pretendían ser más que «el adiós a la vida de un gran enamorado de la vida».

1.5. Colaboraciones de Dámaso Alonso en *Cántico*

Al referirnos a Dámaso Alonso lo hacemos, principalmente, más que como a un asiduo colaborador de la revista, como a un entrañable amigo del grupo y en especial de Ricardo Molina. Casi veinte años de amistad inquebrantable, de favores, bromas, excursiones juntos por las campiñas cordobesas y demás muestras de complicidad afectuosa que encuentran su reflejo público en la laudatoria post-mortem que el poeta y crítico escribió recordando a su amigo.¹⁴

Cumpliendo con su protocolo de envío de ejemplares de *Cántico*, Ricardo Molina se dirige a Alonso en busca de posibles colaboradores; sin embargo, se trata de una colaboración que siempre se hará esperar, ya que parece ser que el crítico y poeta nunca encontró el tiempo necesario para preparar y enviar alguna traducción prometida o algún poema firmado. Su espíritu inquieto, desordenado, que alternaba periodos de una diligencia extrema con otros de mayor pereza, era un obstáculo a la hora de cerrar su compromiso con una publicación que debía cumplir con una fecha concreta de salida y venta al público; a ello se une además ese deseo constante, esa promesa postergada de trasladarse personalmente a la ciudad cordobesa, con alguna colaboración bajo el brazo, aprovechando la visita para sus investigaciones sobre temas gongorinos y dialectales.

Desde la primera carta, el crítico y filólogo promete enviarle no un poema sino una traducción, así se lo anuncia en la primera carta que Alonso le remite, fechada el 22 de noviembre del 47: «Le enviaré alguna traducción, cuando tenga tiempo de copiarla».

¹⁴ Ricardo Molina, *Obra poética completa*, Granada, Excma. Diputación Provincial de Córdoba, Antonio Ubago (ed.), 1982.

Se trata de una promesa de colaboración que queda siempre postergada y que, finalmente, nunca llega a cumplirse. Molina recibe, sin embargo, estas palabras como un compromiso ya adquirido y su entusiasmo por el recibimiento que Alonso ha hecho a la revista se deja entrever en las cartas que le escribe a dos de sus amigos: a Miguel Molina y a Mario López. Al primero, en una carta fechada el 8 de noviembre de ese año de 1947 le informa:

Económicamente no exagero al creer asegurados los ocho números del año. En Madrid cuento con pocos suscriptores, pero estos son los siguientes: Dámaso Alonso que me escribe cariñosísimo y me anuncia el envío inmediato de una traducción, Entrambasaguas, que me promete mandar un poema, Laffón y José Luis Cano que también colaboran.¹⁵

Y el 25 de diciembre de ese mismo año vuelve a anunciarle:

He estrechado mis relaciones con Dámaso Alonso que ha pasado dos días en Córdoba y ha cenado en una taberna de la Judería con todos nosotros. Fue una noche inolvidable. Para el próximo número me enviará una traducción de Lawrence, «La serpiente».¹⁶

También en carta remitida a Mario López fechada el 29 de octubre del 47 se hace eco de la novedad transcribiendo fielmente las palabras de Alonso para hacérselas llegar a su amigo de Bujalance.:

Envié ejemplares con carta a Dámaso, Gerardo, Aleixandre, Vivanco, Cano, Entrambasaguas, Laffón, Pérez-Clotet. Hasta ahora han respondido dos: Cano, con una carta cariñosísima anunciándome un artículo de elogio en «*Ínsula*» y Dámaso Alonso con una carta más simpática todavía en la que nos felicita, nos brinda su apoyo económico y nos promete copiar en el primer día que tenga tiempo una traducción de poesía extranjera para que sea publicada en nuestras páginas. Entre otras cosas nos dice que si logramos mantenernos en los siguientes números a la altura de éste, *Cántico* marcará época en la cultura del sur español. Me advierte que las notas de este número están muy bien, pero que tenga cuidado, que es sección muy peligrosa.¹⁷

Posteriormente y con una dura insistencia, Molina solicitó alguna colaboración del madrileño, llegando a recurrir incluso a la influencia de su mujer, doña Eulalia Galvarriato –como se puede apreciar en su correspondencia–. Y a punto estuvo de enviarle un original de sus libros en curso y aún inéditos en aquellos años: *Gozos de*

¹⁵ Carta publicada por J. M^a de la Torre en ABC el 24 de enero de 1988.

¹⁶ *Íbid.*

¹⁷ Publicada en la revista *Fin de siglo*, n^o 8, Jerez de la Fra. 1984, pág. 11.

la vista y Hombre y Dios. El primero no llegó a ver la luz definitivamente hasta 1981, cuando fue publicado junto con sus primeras composiciones incluidas en sus libros iniciales titulados *Poemas puros. Poemillas de la ciudad*. Es por ello que Molina, posiblemente viendo que tardaba el envío de su amigo, insistiera en mostrar en el número 7 de la revista (abril-mayo de 1955), una nota incluida en la sección habitual destinada a la crítica literaria referente a *Hombre y Dios*, la obra que Alonso edita en Málaga ese mismo año. Es la única referencia en *Cántico* a la obra poética del madrileño; una nota que pobremente refleja la estrecha amistad que mantenía con ellos.

Lamentablemente siempre quedó pendiente la ansiada colaboración; un dato que no deja de sorprender a los estudiosos de la revista *Cántico*, y que ha llevado a plantear diversas hipótesis, desde la más arriesgada, que acusa a Alonso de cierta homofobia que le hacía recelar del grupo, hasta la más extendida, aquella que señala que simplemente el poeta y crítico madrileño no se identificaba estéticamente con la revista *Cántico*. Corroboran esta aseveración las palabras de Juan Bernier dirigidas a José M^a de la Torre y publicadas por éste en el diario *Córdoba*, el 8 de abril de 1990, (pág. VIII / 28):

Uno de los estribos en que hay que poner pie, por falta de otros más sólidos, es la autoridad de la voz de Juan Bernier, a quien le planteé la cuestión en ciertos encuentros. Me afirmó siempre que Dámaso Alonso nunca fue receptivo a la poesía que componían los de *Cántico*, aunque tuvo la revista en mucha estima. Yo le recordaba que su opinión era discordante con las entusiastas palabras de Alonso que figuran como «Pórtico» en *Obra poética completa* de Molina. E invariablemente me contestaba que sí, que era cierto, pero que las palabras bellísimas en que evoca D. Alonso la poesía de Ricardo Molina se escribieron en 1982, cuando los poetas de *Cántico* habían sido revalorizados.

2. Homenajes

La intención de continuar la línea iniciada por los poetas de la Generación del 27 debió nacer, no sólo como fruto de las influencias que sus voces ejercieron en la estética de la poesía de los cordobeses, sino como respuesta de estos al compromiso moral de sentirse herederos y deudores de la gran tradición anterior. Es este compromiso el que les lleva a rescatar del olvido del exilio a algunas de las figuras más señeras del grupo. Dentro de este proyecto de recuperación de poetas desterrados del panorama literario nacional y, coincidiendo con el objetivo inicial de crear una revista que acogiera una mayoría representativa de poetas andaluces, se elige unívoca-

mente la figura de Luis Cernuda como poeta merecedor del reconocimiento, ese sevillano triste que por aquellos años de 1955 andaba ya exiliado en México.¹⁸

No obstante, la intención de homenajear a un poeta andaluz nació antes de ese número doble a Cernuda de 1955, tal como se puede comprobar en la correspondencia inédita conservada. Ya el 12 de abril de 1948, Molina escribe a Jorge Guillén proponiéndole participar en un número en homenaje al también andaluz Federico García Lorca. El maestro no llegó a contestar esta invitación; de hecho, la primera carta conservada en el archivo y que parece ser verdaderamente la primera que le envió al cordobés está fechada el 17 de junio de 1949. No obstante, la propuesta fue lanzada y para convencer a Guillén de su participación enumera la selecta nómina de colaboradores de ese número homenaje. Las palabras exactas de la carta son:

Ahora proyectamos un homenaje a Federico García Lorca, para el próximo Septiembre. Queremos que sea digno de Federico y de su desventura: un alarde en todos los terrenos, literario, dibujístico... Cuento con las colaboraciones de Vicente Aleixandre, José Luis Cano, Gerardo Diego, Stephen Soender, Pierre Enmanuel, José A. Muñoz Rojas, probablemente Dámaso Alonso, Escassi, Gregorio prieto, Ginés Liébana, fotograbados de poemas y dibujos autógrafos de Federico, etc.. Pero este homenaje no sería completo sin su aportación literaria, poética o crítica. ¿Podemos contar con usted, querido maestro?. ¿Será usted tan amable que haga algo con este fin?. Los trabajos deben estar aquí, en Córdoba, en Agosto. ¡Qué alegría si nos mandase algo!¹⁹

Así pues, el proyecto de dedicar un homenaje a algún poeta andaluz de renombre nace ya, como vemos, casi en los primeros pasos de *Cántico* y se mantiene vivo a lo largo del tiempo, tal como se aprecia en la carta que le escribe Vicente Aleixandre meses después, el 4 de octubre de ese año, en la que se recogen estas palabras: «Me parece magnífica idea lo de dedicar de vez en cuando una página a tratar de un poeta andaluz de relieve».²⁰ Sin embargo el proyecto del que habla Molina a no llega a materializarse; de hecho, la correspondencia de Aleixandre no conserva ninguna carta fechada hacia principios o mediados de abril en la que se hable del tema ni en la que el poeta de Velintonia le prometa algún envío al respecto. Se trata de un proyecto inacabado que pudo desarrollarse no obstante, años después, en la segunda etapa de la revista, no ya en la figura de García Lorca, sino en la de Luis Cernuda.

¹⁸ Pablo García Baena, rev. cit. 1985, pág. 4: «La primera vez que leí a Cernuda, en la primera edición de *La realidad y el deseo* (1936), fue par mí una revelación, y creo que para todos los poetas de *Cántico* la influencia de Luis Cernuda es clarísima y magistral».

¹⁹ El documento original se conserva en los fondos de la Biblioteca Nacional en Madrid.

²⁰ Carta conservada en el archivo familiar de Molina.

Febrero de 1955. La noticia del número doble en homenaje a su persona y a su obra quizás cogiera por sorpresa a un poeta que parecía no estar acostumbrado a los elogios ni a las muestras de afecto de sus paisanos. La reacción primera de desconfianza y posterior rechazo que Cernuda solía mostrar ante las publicaciones españolas se vencieron gracias, en primer lugar y como señalamos arriba, a la labor de intermediario de José Luis Cano y su apoyo personal al proyecto, pero principalmente, al tesón de Ricardo Molina, que durante ocho años le había ido enviando al destierro poemas suyos y de sus compañeros, textos dedicados y noticias frecuentes de la influencia que su estética había ido marcando en la poesía de todos ellos.

En la carta que le remite Cernuda el 28 de febrero de 1955 el poeta, con cierto recelo y desconfianza, le advierte:²¹ « Por José Luis Cano he sabido que tiene el proyecto de dar retrato mío en el número de la revista que piensan dedicar a “la persona que lleva mi nombre”, como creo que decía Mallarme de sí mismo. No me agrada que lo hicieran sin consultarme». Y más adelante, en esta misma carta, aclara: «Sólo por tratarse de gentes tan bien intencionadas he vencido mi repugnancia a publicar en revistas de ahí.»

Cabría recordar, al hilo de esta «repugnancia», como confiesa Cernuda, las palabras de abierta aversión que el poeta tenía por costumbre dirigir a este tipo de revistas, cuya abundancia interpretaba como un síntoma de la deficitaria salud literaria nacional, y cuya existencia solo ayudaba «a los polizones literarios, que son los más en el mundo entrometiendo sus versitos por todos lados»²².

Aún a pesar de ello, el sevillano consigue superar sus prejuicios y mostrar su apoyo a una revista que, no sólo parece llevar buena intención, sino que además posee una voz propia, alejada de los ecos de aquella avalancha de publicaciones que tanto le repugnaban.

Textos de García Lorca, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, José María Pemán, Adriano del Valle, Julio Aumente, Muñoz Rojas, Fernando Quiñones, José Luis Cano, Ricardo Gullón, Enrique Azcoaga, Manuel Álvarez Ortega, Vicente Núñez, Leopoldo de Luis, Juan Bernier, García Baena, Mario López, Salvador Moreno, textos del propio Molina y del mismísimo Cernuda componían la revista, que se abría, precisamente, con un poema de éste titulado «El César» enviado a través de Cano para tal ocasión, así lo revela esta misma carta del 28 de febrero del 55: «Cano le envió, según me dijo, los versos que pueden publicar de mí en el número en cuestión.»

²¹ L. Cernuda, *Epistolario inédito*, recopilado por Fernando Ortiz, servicio de publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 1981, pág. 96.

²² Fanny Rubio, *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, Turner, Madrid, 1976, pág. 17.

El número continuaba con la recuperación del hermoso y sentido «Homenaje a Luis Cernuda» que Lorca dedicó con motivo de la publicación de *La Realidad y el Deseo*, «uno de los mejores libros de la poesía actual en España» como concluyen sus palabras. Siguiendo la línea del 27 Molina decide añadir a continuación la semblanza que Vicente Aleixandre escribió a propósito de su primer encuentro con Cernuda; texto que formó parte después de su libro en prosa *Los encuentros*, así como las palabras de homenaje que Manuel Altolaguirre le ofrendó bajo el título de «A Luis Cernuda. Homenaje a dos voces».

Es muy probable que el poeta exiliado conociera ya estos textos dedicados de sus colegas de generación, pero es seguro que desconociera el resto del material publicado: un «Soneto a Luis Cernuda» de José María Pemán, una reseña biobibliográfica escrita por Adriano del Valle sobre la que opina Cernuda «que se dedica a inventar toda una serie de detalles y anécdotas»,²³ un poema-homenaje de Julio Aumente, otros poemas de Fernando Quiñones, de Manuel Álvarez Ortega, una semblanza del recuerdo que Muñoz Rojas retenía del poeta, breves estudios filológicos sobre la poética de Cernuda escritos por José Luis Cano, Ricardo Gullón, Enrique Azcoaga, Vicente Núñez, Leopoldo de Luis, Ricardo Molina, Juan Bernier y García Baena. A ello le siguen los poemas de los jóvenes de *Cántico* dedicados a Cernuda, en concreto el poema «La sangre» de Mario López y la «Oda a Luis Cernuda» de Ricardo Molina, que ya había sido publicada en la revista *Platero* en 1951 y recogida en su libro *Homenaje*.

Se cierra el número con una numerosa serie de textos escogidos del poeta sevillano, desde sus primeras poesías hasta lo último publicado en *Como quien espera el Alba*, *Ocnos* y *Variaciones sobre Tema Mexicano*. El homenaje incluye asimismo una partitura que Salvador Moreno compuso como acompañamiento al poema «Violetas». De esta manera el número, que como hemos visto recoge una amplia variedad de temas y discursos, se abre y cierra con textos del poeta homenajeado.

Conocemos la opinión que le mereció el número gracias al epistolario dirigido para la ocasión a José Luis Cano, a Ricardo Molina y en especial a Vicente Núñez, poeta cuyo trabajo crítico titulado «Sobre tres temas cernudianos: La soledad cerrada, El tiempo en la memoria, Amor color de olvido» agradó sinceramente a Cernuda, tal como le confiesa en una extensa carta que le envía el 12 de abril de 1956:

Querido Vicente Núñez:

Hará diez o doce semanas que Ricardo Molina me anunció el envío de «*Cántico*», pero los ejemplares no llegaron [...]. Le digo esto como excusa de no haberle escrito antes, para agradecer-

²³ En carta del 22 de abril de 1956, conservada en el archivo familiar.

le sus páginas en dicho número. Me han interesado y sorprendido en extremo; me han interesado y sorprendido más que nada de lo que sobre mí se haya escrito. En verdad no esperaba ya que alguien me comprendiese tan bien y viese en mi trabajo lo que yo creía haber puesto en él.²⁴

Le agrada hasta tal punto de dar a conocer especialmente este estudio entre los círculos poéticos y periodísticos con los que mantiene contacto, de manera que le informa a Vicente Núñez en carta del 8 de abril de 1959:

«*El tiempo*» de Bogotá dedicó una página a la publicación de mi libro, y en ella había un largo extracto de su estudio publicado en aquel número de «*Cántico*». Yo le había regalado ejemplar del mismo a un amigo colombiano y le dije que el trabajo de usted era el que más satisfacción me daba.²⁵

A Cano le dirige también una confesión abierta en una carta fechada el 4 de mayo de 1956; en ella recoge la opinión general no exenta de recelo que le merecieron algunas de las colaboraciones del número-homenaje:

No me dices qué te parece a ti el número de «*Cántico*». Lo más flojo es el trabajo de Adriano del Valle, el cual además inventa todas sus anécdotas; yo no viví nunca en esa calle Mármoles que él dice, ni llevé jamás esas corbatas claro de luna, guantes amarillos o zapatos de charol. Qué horror. Me extraña que a nadie se le ocurriera comentar mis libros en prosa. Pero ya es mucho que le acepten a uno como poeta para esperar que además se le tenga en cuenta como prosista. Lo mejor (y no por sus elogios) me parece el trabajo de Vicente Núñez. ¿Quién es?. Lo curioso es que no creo una palabra de todos esos elogios, aunque suponga (¿escribiría si no?) que en lo que escribo hay algo de algún interés para algunos.²⁶

También a Ricardo Molina le envía una misiva de agradecimiento que refleja su reacción ante el sorprendente interés que mostraban los compatriotas por su vida y su poesía; una muestra de reconocimiento que quizás levantara por un momento esa «tristeza de sevillano profundo» que Lorca le descubrió desde el principio. En esa carta fechada el 22 de abril de 1956 escribe:

El número, cómo no, me ha gustado mucho y me ha conmovido hallar tantos amigos con los que apenas creí contar. De todos los trabajos críticos, el de usted y el de Vicente Núñez son los que me interesan más. Por eso le envío estas líneas, para agradecerle su trabajo sobre mis versos. [...] Le ruego dé las gracias a todo el grupo de «*Cántico*»: a Juan Bernier, a Pablo García Baena, a Julio

²⁴ L. Cernuda, *op. cit.*, 1981, pág. 126.

²⁵ *Íbid.*, pág. 130.

²⁶ *Íbid.*, pág. 20

Aumente (¿omito algún nombre?), diciéndoles cuánto bien me ha hecho ver que no estoy tan solo como a veces me figuro; la amistad, la generosidad de ustedes para conmigo es cosa de gran valor para mí. Al fin y al cabo, si se escribe es para hallar amigos, y ustedes me han demostrado con largueza cuán amigos míos son.²⁷

Son palabras que parecen alejadas de aquellas otras nacidas de la cortesía al uso de cualquier artista homenajeado con ciertas dosis de vanidad. Por el contrario es, y así se percibe, una sentida muestra de agradecimiento por el elogio de los que creía lejos en la distancia y el olvido. «Si se escribe es para hallar amigos», reconoce. De manera que admite concebir la escritura como una estrategia para el encuentro, para las coincidencias estéticas y sentimentales; la escritura como un ejercicio que culmina en la comunicación estrecha y afectiva pero que nace, paradójicamente, de la soledad del poeta. Así supo interpretarlo Vicente Núñez en su estudio publicado en este número especial: «Ninguna poesía española ha puesto tanto empeño en asirse a un ideal supremo de soledad y olvido con tanta belleza y orden poético. [...] Cernuda hecho *en* la soledad. Cernuda vivo, inmediato hecho *de* soledad.»²⁸

3. Los poetas del 27 en Córdoba

Veo que has entrado con actividad poética al mismo tiempo. Me agrada verte recobrar la confianza en ti mismo, y nivelarte, como quien dice, comprobarte. Hasta tienes proyecto de tertulia de gran fuste, influidora en el ámbito cultural cordobés. ¡Qué justo es eso! ¡Y qué necesario!. Vosotros sois la gran tradición cordobesa, viva, y en la ciudad tiene que notarse, debe notarse. Me acuerdo de aquella primera carta que yo escribí para *Cántico* donde ya os saludaba como a tales.²⁹

Con estas fraternales y efusivas palabras saluda Vicente Aleixandre a Molina, como representante del grupo, en la carta fechada el 14 de febrero de 1954. Son palabras cargadas de ánimo que testimonian el compromiso que adquirió nuestro poeta con su ciudad de Córdoba: un proyecto personal del que se sintió abanderado y que mantuvo con tesón hasta que su débil salud le dijo basta.

Habría que comenzar por recordar que el proyecto literario que suponía publicar las hojas de poesía sirvió, principalmente, de punto de arranque de amistades y rela-

²⁷ *Íbid.*, pág. 96.

²⁸ Vicente Núñez, “Sobre tres temas cernudianos”, *Cántico*, n° 9 y 10, agosto-noviembre 1955, págs. 33-34.

²⁹ Carta conservada en el archivo familiar.

ciones entre los poetas andaluces y estos miembros de la Generación del 27. Encuentros más o menos frecuentes que tuvieron siempre como escenario la ciudad de Córdoba, sus campiñas y pueblos, y en los que fueron habituales los gestos de camaradería poética, respeto y sincera amistad; lazos afectivos que los jóvenes pretendían aprovechar para favorecer la vida cultural en Córdoba y su provincia. Para ello proyectaron ciclos de conferencias, tertulias y encuentros literarios de gran fuste con intelectuales que influyeron notablemente en el ambiente de la ciudad. De hecho, pasaron por la ciudad personajes de la talla de Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Adriano del Valle, José María Pemán, José Luis Cano, Enrique Lafuente Ferrari, el maestro Joaquín Rodrigo, etc.. e incluso cuando la revista *Cántico* ya había concluido su primera etapa, los poetas cordobeses siguieron manteniendo las amistades y las relaciones con intelectuales y artistas, miembros o no de la Generación del 27.

Al frente de la organización de estos eventos se encontraba la figura de Ricardo Molina, el miembro más activo del grupo, al que Aleixandre consideraba el verdadero espíritu de *Cántico* y al que Carlos Clementson califica de «protagonista cultural a nivel ciudadano» y «cónsul indiscutible de la cultura y poesía cordobesas de aquellos años». ³⁰ Este aspecto de su persona fue, precisamente, uno de los que destacó su amigo Juan Bernier en una semblanza publicada en el diario *Córdoba* con motivo de su muerte bajo el título «Ricardo Molina en la poesía y la “élite” española»:

Él hace a Córdoba centro de citas poéticas y literarias, donde sin olvidar lo bueno de la vida muestra su talento de conversador, su enorme caudal de cultura y su ingenio en reuniones en las que no estorba el ambiente propio de las tabernas, los viejos caseríos serranos con cocinas camperas y sus peroles o el clásico café de tres al cuarto. Son los tiempos de charla con Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Entrambasaguas, García Nieto, etc.. Ricardo colabora en «*Caracola*», «*Poesía Española*» y «*Fantasía*». Es el cónsul indiscutible de la cultura cordobesa que entronca con los centros neurálgicos nacionales e internacionales. Así lo hace con Cela, Castroviejo, Rafael León, Canivel, Celaya, Murciano, en los cuatro puntos cardinales poéticos.

En definitiva se trata de un proyecto personal que nace de su amor por Córdoba; amor por su ciudad que iba parejo del conocimiento de la historia y las tradiciones milenarias de la misma. Basten recordar, a modo de muestra, algunos títulos de ensayos centrados en Córdoba en los que Molina hace gala de una extremada sensibilidad por el detalle de describir las costumbres, el paisaje y el paisanaje de su ciu-

³⁰ Carlos Clementson, *Ricardo Molina. Perfil de un poeta*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1985, págs. 25, 27.

dad. La serie de ensayos cordobeses se abre con una *Guía turística de Córdoba* (Noguer, Barcelona, 1951) que se presenta como un recorrido sentimental por los rincones preferidos de su ciudad. A ésta le siguen otros estudios: *Córdoba gongorina* (Madrid, 1962) *Córdoba en sus plazas* (Madrid, 1962) *Campos de Córdoba* (Madrid, 1964), etc. El interés por lo auténtico y enraizado de su tierra tuvo además su reflejo fundamental en el arte flamenco, a cuyo estudio dedicó varios títulos imprescindibles que lo señalaron como uno de los flamencólogos más prestigiosos del momento y un profuso investigador de la cultura popular andaluza. Mención especial merecen su último y premiado ensayo *Misterios del arte flamenco* (Barcelona, 1967),³¹ así como el escrito en colaboración con el cantaor Antonio Mairena: *Mundo y formas del cante flamenco*; obra emblemática y crucial para fijar con rigurosidad los estudios posteriores de flamencología.

3.1. Vicente Aleixandre en Córdoba

Sabido es que la opinión crítica y especialmente la poesía del maestro de Velintonia eran requeridas en multitud de foros literarios de toda la geografía española; y, a pesar de su débil estado de salud, Aleixandre solía acudir solícito en respuesta a las continuas invitaciones. En el caso de los jóvenes de *Cántico*, cabía esperar que desde aquella carta inaugural que envió el maestro a los fundadores, su visita a Córdoba tuviera lugar más pronto que tarde.

Como ya hemos señalado, en aquellos años cuarenta el grupo de cordobeses, principalmente Ricardo Molina como miembro asesor de la Subcomisión Municipal de Cultura y Arte, promovía iniciativas que pretendían influir en el ámbito cultural de la ciudad; proyectos que se llegaban a cumplir gracias al apoyo y amistad de Pepe Diéguez, concejal de Cultura del Ayuntamiento en aquellos días, además de amigo de todo el grupo de *Cántico*, admirador de la poesía y dueño de la bodega familiar del Realejo y de la tabernilla anexa donde se reunía la «Peña Nómada» para intercambiar las nuevas composiciones poéticas.

En la primavera de 1949, concretamente la noche del jueves 21 de abril, Vicente Aleixandre emprendió camino hacia Córdoba, donde permaneció ese fin de semana. Pablo García Baena detalla el encuentro en el capítulo titulado «Vicente Aleixandre y Córdoba» perteneciente a su libro *Los libros, los poetas, las celebraciones, el olvi-*

³¹ Premio en la “II Semana de Estudios Flamencos de Málaga” en 1967.

do.³² En él recoge las palabras de salutación que aparecieron publicadas en el diario *Córdoba* con una fotografía del poeta en cuyo titular rezaba: «Córdoba se honra con la presencia del autor de *Sombra del paraíso*, figura universal de las letras españolas y maestro de la generación de jóvenes poetas»

El día previo a la visita de Aleixandre se publicó también en este diario, bajo el título «Velintonia 3, hogar de la poesía», una reseña del libro de poemas *Sombra del paraíso* y un retrato afectuoso de su autor firmado por Ricardo Molina. En esta reseña reconoce la profunda impresión que había causado en los jóvenes cordobeses la lectura del poemario; impresión que se haría explícita y general dos días después, ante la declamación de algunos poemas inéditos de su nueva obra *Historia del corazón* en boca de su autor: «El mundo afluye a él embriagador, asaltándole con gallardas oleadas de poesía, con nubes y ríos de amor, con ese tropel de profundas, clarísimas imágenes que viven, sufren, cantan y aman en *Sombra del Paraíso*»

Pablo García Baena revela la influencia de la figura de Aleixandre y su presencia en Córdoba en estas palabras:

Sombra del Paraíso fue un libro que influyó en todos los poetas jóvenes de aquel momento en España. Para nosotros, especialmente, porque cultivábamos una actitud en cierto modo semejante a la suya, una forma de versificar que nosotros seguíamos. Él escribió una carta cariñosísima a los fundadores de *Cántico* que apareció en el tercer número de la revista y eso hizo que las relaciones con él fueran cada vez más amistosas, aparte de la admiración hacia su obra. Él vino a Córdoba hacia los años cincuenta y leyó un libro todavía inédito: *Historia del corazón* (pág. 4).

También Ricardo Molina manifestó públicamente la opinión que le merecía Aleixandre en el artículo antes citado, en el que se hace eco de una opinión generalizada en los círculos poéticos de todo el país. En primer lugar, amparado por su propia experiencia personal, escribe: «Vicente Aleixandre, es sin salir de su casa, el escritor español más relacionado con sus contemporáneos. Entronizado en el corazón de amigos y discípulos, para todos tiene amistad y poesía verdaderas.»

Y en segundo lugar, reconoce no sólo la trascendental presencia de Aleixandre como personaje literario o la importancia de su personalidad como referente humano, sino fundamentalmente la influencia de su poesía. El poeta de Velintonia lleva ya diez años sirviendo de modelo estético en España y en América para cualquier joven con pretensiones literarias; influencia tan profunda que «sólo hallamos sus similares en los casos de un Rubén Darío o un Juan Ramón Jiménez» apostilla el texto.

³² P. García Baena, *Los libros, los poetas, las celebraciones, el olvido*, P. García Baena, colección “La rama dorada”, ed. Huerca & Fierro, Madrid, 1995, págs. 59-63.

Tras esta presentación en la prensa local, en la mañana del viernes 22 de abril los jóvenes de *Cántico* recibieron al poeta en el Hotel Simón, establecimiento en el que se alojaron los invitados y punto de partida del recorrido turístico por Córdoba. Los anfitriones llevaron al maestro a conocer los conventos, por supuesto los patios cordobeses y la famosa librería Luque, que promocionaba la revista. Y, como era costumbre, Ricardo inició la procesión particular por las tabernas cordobesas «con mostradores de madera y tablero de mármol veteado donde sonaban, leves, las monedas» como describe García Baena.³³ De esta manera recalaron en la taberna «El Gallo» y en la «Casa Pepe de la Judería» para la primera parada gastronómica con la posterior cata de Moriles en la bodega del Realejo.

Al día siguiente, sábado 23, se celebró la lectura poética, que fue anunciada en los medios locales a través de una entrevista firmada bajo el seudónimo de «Miorgo» publicada también en el diario *Córdoba*. En ella Aleixandre reconocía que su vocación de poeta se despertó en su juventud precisamente tras la lectura de una antología de Rubén Darío, que se convirtió en su autor de cabecera junto a Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, coincidiendo de esta manera con Molina en calificar a estas figuras como las grandes influencias de la poesía del momento.

Precisamente la charla prosigue recordando la reseña publicada días antes por Molina, y para ella tiene el poeta sus palabras de reconocimiento. Confirma que, en efecto, en Velintonia recibe continuas visitas de jóvenes promesas a los que aconseja que, como miembros de un nuevo grupo poético, deben encontrarse a sí mismos pero amparados por dos grandes virtudes: sinceridad y sencillez.

Aleixandre continúa confesando dos pequeñas manías de escritor: inspirarse mejor de noche tendido en la cama y no proyectar un libro de poesía a priori, sino dejar que sean los propios poemas los que conformen el futuro libro que llegarán a ser. La entrevista termina con unas palabras dedicadas a la ciudad de Córdoba, fascinante y entregada, a la que visitó ya una vez con once años, acompañado de su madre.

Al día siguiente, sábado 23, se celebró la conferencia en el Instituto Nacional de Enseñanza Media, bajo un título que el propio Aleixandre había propuesto previamente por carta: «Lectura comentada de su obra poética», pues eso era lo que se proponía hacer: leer poemas con comentarios del conjunto de su obra poética, esclarecer su poesía, en palabras de él mismo: «Presentar la fisonomía del poeta que hay en mí.»³⁴

³³ P. García Baena, *op. cit.*, 1995, pág. 45.

³⁴ Diario *Córdoba*, 23 de abril de 1949, pág. 6.

Y así fue. En el antiguo salón de actos, el maestro hizo un recorrido por toda su trayectoria poética para detenerse en la lectura de poemas pertenecientes a su obra aún inédita *Historia del corazón*, poemas que dejaron conmovido al auditorio.

En palabras del propio García Baena:

Y en el silencio sobrecogedor de la sala creció entre los oyentes la poesía como una llama devastadora. Como un viento de fuego que nos consumiera de entusiasmo y prendiera en el rojo terciopelo oficial de embocaduras y cortinajes, en Pentecostés de irrepetible rescoldo.³⁵

En la mañana del domingo organizó Ricardo Molina un almuerzo en honor al prestigioso invitado en el que intentó aunar dos de las grandes pasiones de este cordobés: la literatura y el flamenco. Para ello invitó a catedráticos y académicos, poetas y cantaores que se reunieron en torno a un perol en los Jardines del Alcázar. Concluida la fiesta el maestro regresó a su hogar de Velintonia, y desde allí le escribió unas palabras de agradecimiento a Pepe Diéguez que recoge García Baena: «Llevo aquí unas horas y esto no me gusta nada. Hasta hace frío. ¡Córdoba, Córdoba!. ¡Cómo echo de menos a la ciudad y a los amigos que me han hecho maravillosos los días que la viví!»³⁶

El encuentro también dio para que a Ricardo Molina le inspirara estos versos que recoge en su poema «Carta a Vicente Aleixandre» al que añade el subtítulo de «Mañana y Alcázar de Córdoba»:

Has visto el rostro eterno y variable,
ahora sol, luego viento, luego sombra,
hombre, dios, luna, cielo, fuego, río,
la faz de todo, el rostro luminoso.
Tú eres cuanto has visto. [...] ³⁷

3.2. Gerardo Diego en Córdoba

La primera vez que el poeta santanderino pisó Córdoba fue en el año 1943. Por aquella época iba recorriendo las regiones de España con una actuación mezcla de recital poético y concierto a piano con partituras de Chopin y otros músicos. Pasó

³⁵ P. Gracia Baena, *op. cit.*, pág. 32.

³⁶ *Ibid.*, pág. 62.

³⁷ Ricardo Molina, *Obra poética completa*, Granada, Excma. Diputación Provincial de Córdoba, Antonio Ubago, editor, 1982. pág. 281.

por la ciudad andaluza y allí tuvo como fervientes espectadores a los miembros del grupo *Cántico*, que por aquellos años formaban peña y ya habían decantado sus preferencias por el grupo del 27. Tener en vivo delante de los ojos a un miembro de aquella admirada generación fue toda una experiencia para ellos, un acto de encantamiento que los reafirmó en su adscripción al ideario del 27 y en su devoción por el poeta santanderino.

1948. El sábado 17 de abril Gerardo Diego, de vuelta de Sevilla de la Asamblea Cervantina, recalca de nuevo en Córdoba y allí se produce la primera entrevista personal entre el maestro y los cordobeses. Es entonces cuando hace entrega en persona de su primera colaboración³⁸. Se trata del poema «Himno a los subalternos» con un subtítulo: («La suerte o la muerte») que se publica en el número 5 (junio de 1948) acompañado de un dibujo de Miguel del Moral. El encuentro parece frugal, pero suficiente para que los cordobeses se reafirmen en la opinión que les merece el maestro. En una carta sin fechar, pero fijada hacia mediados del mes de mayo, Molina le contesta movido por una admiración profunda que se pone de manifiesto con fruición e intensidad en los siguientes términos:

Hemos hablado poco esta vez, como ocurre siempre en estas ocasiones, pero su estancia en Córdoba ha dejado en mí un recuerdo muy hondo, y a pesar de su habitual silencio –precisamente por su silencio– me siento más compenetrado con usted que nunca. ¡y qué decirle de su «Oda a los Subalternos»!³⁹ La he releído múltiples veces y cada vez me ha gustado más y he admirado más la profundísima sabiduría e inspiración, no de cada verso, sino de cada palabra!⁴⁰

En 1949, coincidiendo con la propuesta del Ayuntamiento de la ciudad de organizar una serie de actos culturales para conmemorar el centenario de la muerte de Chopin, se invita de nuevo a Gerardo Diego a visitar la ciudad. La presencia de éste aportaba al acto una doble perspectiva: la sensibilidad de un poeta de renombre y los conocimientos de un pianista y musicólogo.⁴¹

Desde diciembre de 1948 se proyecta la visita, pero aún a finales de enero del 49 Molina no ha tramitado la invitación debido, principalmente, a que a principios de febrero estaba prevista la toma de posesión de la nueva Corporación Municipal con

³⁸ Al ser entregado en mano no se conserva el documento adjuntado a la carta, como ocurre en otras ocasiones en las que el correo postal es el vehículo habitual para el envío de colaboraciones.

³⁹ Carta conservada en el archivo familiar de Ricardo Molina.

⁴⁰ Molina se confunde y la llama «Oda» en lugar de «Himno». El propio Gerardo Diego le rectifica el equívoco en la carta que responde a ésta.

⁴¹ Recordemos que una de sus obras primeras allá por 1918, reeditada en 1962, llevaba por título *Nocturnos de Chopin*, en la que trataba de relacionar, precisamente, música y poesía.

una Comisión de Cultura presidida por el buen amigo del grupo Pepe Diéguez, figura principal de la que ya hemos hablado anteriormente. Molina, en calidad de vocal y asesor del comité organizador, se encarga de negociar las condiciones de la visita, la fecha, el pago y la propaganda en prensa local y radio.

La visita se retrasa y a finales de febrero de 1949 aún no están fijados ni la fecha ni el tema de la conferencia o concierto, aunque se acuerda la cantidad inicial de 2000 ptas. Se baraja incluso la posibilidad de que la conferencia verse sobre Goethe en lugar de Chopin con motivo también de su centenario. En cuanto a la fecha, se propone el mes de marzo, ya que Vicente Aleixandre proyectaba su visita para abril y en mayo se esperaba la de Adriano del Valle.

Aleixandre cumple con la invitación, tal como hemos señalado arriba, sin embargo la de Diego se hace esperar. Transcurre el otoño. Prácticamente está acabando el año y aún no se ha celebrado la conferencia, de manera que se aplaza para el año siguiente.

En abril de 1950, después de dos años de negociaciones, una inoportuna crisis municipal retrasa de nuevo la visita: el Teniente de Alcalde y organizador del Ciclo de Conferencias, Pepe Diéguez, presenta su dimisión, lo que obliga a suspender todos los actos culturales previstos.

Durante esa primavera Gerardo Diego viaja a Francia; un viaje que se convierte en una estancia de dos meses. A la vuelta, y después del veraneo merecido en Sentaraille el poeta vuelve a ofrecerse para una visita a Córdoba aprovechando los compromisos con otras ciudades andaluzas.

Su ofrecimiento es bien recibido, y allá a finales del mes de noviembre, aprovechando una Exposición de Arte Taurino (retratos y semblanzas de Manolete y otros toreros...) se invita formalmente a Diego para que disertar con una conferencia sobre el toreo contemporáneo que ya había presentado anteriormente en Barcelona.

Molina sabe de la afición de su amigo por la fiesta nacional; de esa pasión dan testimonio dos obras: la publicada en 1963 *La suerte o la muerte*, que incluía el poema «Himno a los subalternos», aparecido en el número 5 de *Cántico* (junio, 1948) y la obra *El cordobés dilucidado* que sale a la luz definitivamente en 1966.

El 7 de diciembre de ese año de 1950 Gerardo Diego viaja a Córdoba, donde tiene lugar la conferencia bajo el título de «La suerte o la muerte (estética del toreo)». En este encuentro se dieron cita dos de las facetas del santanderino: poeta por un lado y aficionado a la fiesta de los toros por otro. De manera que su intervención fue una mezcla de conferencia acerca de la estética del toreo a la vez que un recital poético de alrededor de una treintena de poemas de temática taurina.⁴²

⁴² Información extraída del diario *Córdoba*, 8 de diciembre de 1950.

Enlazar ambos temas no fue difícil; en la disertación inicial Diego alabó la belleza en el arte de la tauromaquia y demostró su vinculación con otras manifestaciones artísticas como la pintura, la escultura y principalmente la poesía: pocos poetas han permanecido inmunes a la tentación de cantar a la fiesta nacional.

El poeta confesó al auditorio, así lo recoge la crónica publicada el día siguiente en el diario *Córdoba*,⁴³ que el interés hacia la poesía de contenido y ambiente taurinos le vino gracias a José María Cossío e Ignacio Sánchez Mejías, que le instaron a que escribiera un homenaje a Joselito, al que siguió una oda a Belmonte y numerosas composiciones que dieron en formar un libro que llevó por título *La suerte o la muerte* y que no salió publicado finalmente hasta 1963.

Quince años después de aquel encuentro, en 1965, se planea una nueva visita de Diego a Córdoba en calidad de conferenciante. La invitación formal la cursa el propio Ricardo, como asesor de la Comisión de Cultura del Ayuntamiento, y el pretexto no es otro que la conmemoración del centenario de la muerte de un insigne cordobés: el Duque de Rivas. La carta en la que Molina invita formalmente a Gerardo Diego a participar con una lectura en el encuentro poético está fechada el 26 de abril de ese año de 1965 y en ella escribe:

Querido Gerardo:

El Director de la Real Academia de Córdoba me encarga escribirte en nombre de la Comisión organizadora del centenario del Duque de Rivas para invitarte a pasar con nosotros los días 21 al 23 del próximo mayo y además pedirte que intervengas en la lectura de un poema en el acto del 23, noche, impropriamente titulado “Juegos Florales” en honor del Duque, porque será una sencilla conmemoración poética y oratoria (Pemán). Queremos que un gran poeta alce su voz en el acto y que ese poeta seas tú.⁴⁴

El autor de la Letrilla responde a esta invitación en una carta fechada el 30 de ese mes, aceptando la propuesta de participar en los actos conmemorativos. El propósito era bajar acompañado de su esposa y con un poema bajo el brazo: «Escribiré el poema, si las Musas me ayudan. Justamente tenía empezado uno sobre “El Cordobés”». Pero la composición del poema se retrasa y quince días más tarde, en una breve carta, Gerardo Diego le avisa del horario en el que llega a la estación cordobesa solo y con un poema diferente para ser leído: «Entrevista al Duque de Rivas», que posteriormente incluirá en su libro *Vuelta del peregrino*. Otro asunto de interés para Diego tiene cabida en esta corta misiva: teniendo en cuenta que estaban

⁴³ *Ídem*.

⁴⁴ Carta conservada en el archivo de la familia Diego.

a mediados de mayo y que este viaje se suponía más pausado que anteriores visitas, Diego pregunta: «¿Cuándo empiezan las corridas de feria?»

Finalmente Gerardo Diego llega el 21 de mayo y el 23 se organiza una cena de gala en honor al poeta de la que se guardan algunos testimonios fotográficos y otros escritos, como la carta del 7 de mayo, conservada en el archivo familiar de Molina, en la que Mario López se dirige a él solicitando poder llevar a su esposa a dicha cena.

El poema «Entrevista al Duque de Rivas», como hemos señalado, quedó incluido en su obra *Vuelta del peregrino* que, en palabras de su autor, viene a ser una continuación de sus *Ángeles de Compostela*, al igual que su obra «*El Cordobés*» dilucidado amplía su poema taurino «La suerte o la muerte». Estas dos obritas se publican conjuntamente en enero de 1966 en la *Revista de Occidente*. Nada más aparecer este nuevo libro de Gerardo Diego, Ricardo Molina escribe una reseña para el diario *Córdoba* en la que recuerda enfervorecido la primera vez que oyó poemas del libro recitados por su autor en aquel encuentro cordobés:

El son y la imagen, el alado ingenio y la interpretación genial que hacen de este poema, como de tantos de Gerardo Diego, una rara y preciosa obra maestra de nuestra literatura, nos rondaban [...] Su autor lo recitó en el patio del «Mesón del Conde», en plena efervescencia del centenario del Duque de Rivas. Recuerdo la impresión que me hizo «"El Cordobés" dilucidado» y recuerdo también las muchas demandas que del poema hicieron a Gerardo Diego varios «cordobesistas» de la localidad. He aquí, por fin, en nuestras manos y ante nuestra vista el libro publicado por *Revista de Occidente*, con el título de *El Cordobés dilucidado y vuelta del peregrino*. ¡Qué título con más ángel! ¡Qué derroche de gracia española en su longitud y su anarquía!. Este nuevo y portentoso libro de Gerardo Diego está repleto de maravillas y también de Córdoba, o al menos de cordobeses. Además de «El Cordobés», que inicia el título, hay otros cordobeses: Góngora y el Duque de Rivas. [...] ¿Qué más decir?. Ante el arte y la inspiración soberanos del gran poeta la serena crítica pierde su obligada mesura para transformarse en fervoroso entusiasmo y encendido: ¡olé!⁴⁵

También Gerardo Diego evocaría más tarde aquellas jornadas con motivo del fallecimiento de su amigo cordobés en enero de 1968. A propósito de tan lamentable pérdida Diego escribe un artículo que sale publicado el 13 de febrero de ese año en el periódico *ABC* de Sevilla bajo el título «Preguntas», en el que rememora el que sería el último encuentro entre ambos:

«Mis últimos recuerdos de Ricardo Molina se unen al cante jondo en una de las semanas de mayo, pronto hará tres años: semana flamenca de estudios y fiestas a la que le pisó la cola el

⁴⁵ Recorte extraído del diario *Córdoba*, en el que no se puede apreciar la fecha. Conservado en el archivo de Ricardo Molina.

comienzo de la otra semana, la del centenario del Duque de Rivas. De una y otra fue animador y en parte esencial organizador Ricardo. Porque tampoco hay que desdeñar a la Córdoba romántica, preludio de la gran capital del califato taurino. No le volví a ver más, aunque supe de él por sus cartas y por los abrazos que me traían sus amigos. Y por sus últimos libros de prosa y verso. Prosa magistral sobre el cante y poesía, últimamente más honda y como mayor abandono de técnica en busca de lo más acendrado, desvelarnos su último secreto y el secreto todo de la vida.»⁴⁶

3.3. Dámaso Alonso en Córdoba

De los miembros de la llamada Generación del 27 que mantuvieron relación estrecha con los jóvenes de *Cántico*, llama la atención el caso de Dámaso Alonso, cuya amistad no se vio reflejada en la revista a través de ningún tipo de colaboración ni, como en el caso de Gerardo Diego, en ninguna muestra pública de afecto y adhesión, tampoco su poesía fue de las más influyentes en la estética de los cordobeses, sin embargo su figura fue fundamental para estos poetas, a los que fue tratando en las frecuentes visitas que realizó a Córdoba llevado por alguna de sus innumerables investigaciones académicas.

La primera constancia de un viaje de Alonso a Córdoba se recoge en una carta de Molina fechada el 25 de diciembre de 1947 dirigida a su amigo Miguel Molina en la que le escribe:⁴⁷ «He estrechado mis relaciones con Dámaso Alonso que ha pasado dos días en Córdoba y ha cenado en una taberna de la judería con todos nosotros. Fue una noche inolvidable». Ese primer encuentro personal puso la primera piedra de una sólida relación de amistad que se mantuvo hasta días antes del fallecimiento de Molina. La amistad entre ambos discurre, a diferencia de los otros corresponsales, al margen de las labores poéticas de *Cántico* o de Ricardo, aunque eso no impide que se haga alguna alusión esporádica a la publicación de la revista o a algún poemario recién sacado a la luz por alguno de ellos.

Tras esa primera visita la correspondencia epistolar no da más noticia de viajes y encuentros en Córdoba hasta febrero de 1955, en que Alonso planeó una visita frugal a la ciudad andaluza para consultar en el Archivo de la Catedral algunos datos biográficos sobre Góngora. En la carta fechada el 23 de Febrero de 1955 Alonso le informa de su intención de bajar hasta Córdoba para «ver unas cosas de Góngora en el Archivo de la Catedral», según le confiesa a Molina, y finaliza la carta con una

⁴⁶ Gerardo Diego, “Preguntas” *ABC* Sevilla, 13 de febrero de 1968.

⁴⁷ Carta publicada por José María de la Torre en *ABC* el 24 de enero de 1988.

sugerencia: «Claro que si ahí pudieran invitarme para una conferencia, mejor».⁴⁸ Efectivamente, la visita se completó con la invitación de impartir una conferencia que versó, por supuesto, sobre Góngora y la estructura de su poesía, y que iba dirigida a un público, que si bien no era especialista en la obra gongorina, al menos contaba con cierto conocimiento de los clásicos españoles.

Ese encuentro fue uno de los muchos que tuvieron los poetas de *Cántico* para pasear por Córdoba con otro gran maestro y compartir con él charla, poesía y vino, sabida cuenta además de la afición de Alonso por el buen beber. Escribe Baena a propósito de las tabernas de Córdoba:

La taberna, la tapia blanca, la espadaña, el naranjo.... El vino fresco dorando los labios de la Córdoba sabia, aguda, donosa, prudente, sobria, parca. Córdoba del adiós. Cuánta melancolía. Pero el vino regocija el corazón de dioses y de hombres. Oigamos a Dámaso Alonso: «Estoy sentado bebiendo noche, bebiendo fiesta popular, y también bebiendo media botellita de Moriles. ¡Qué vino!».⁴⁹

Los paseos por la ciudad en compañía de Ricardo, tan espléndido guía, constituirían uno de los más entrañables recuerdos que conservara Alonso de su amigo, tal como lo demuestra el sentido homenaje que le dedica tras su muerte, acaecida tan prematuramente en enero de 1968. En este panegírico póstumo evoca aquellos días cordobeses:

Muchos días nos veíamos en Córdoba cuando Eulalia y yo trabajábamos en los documentos gongorinos. Tú sabías nuestras horas de comer y nuestro restaurante. Venías, te sentabas con nosotros, no comías porque ya tu estómago se asustaba. [...] Me acuerdo de tu manera de enseñarnos Córdoba. Yo conocía la ciudad bastante bien; había estado repetidas veces en ella. Pero aquel día que me acompañaste tú, los hallazgos fueron extraordinarios. Qué manera de mostrarme las calles preciosas que yo había recorrido antes; cómo tú me puntuabas los encantadores pormenores que yo no había alcanzado a ver, y cómo me descubrías plazas insospechadas.⁵⁰

El carácter de este fiel amigo queda perfilado por completo cuando se observan detalles que muestran su humanidad y su sentido del humor; un amigo algo zalame-ro y muy entrañable con el que compartió visitas y excursiones por toda la zona de

⁴⁸ Carta conservada en el archivo de la familia Molina.

⁴⁹ Pablo García Baena, *op. cit.* 1985, pág. 48

⁵⁰ Ricardo Molina, *Obra poética completa*, Granada, Excma. Diputación Provincial de Córdoba, Antonio Ubago, editor, 1982. pág. 10.

Puente Genil y Lucena para la elaboración de su estudio *Dialectología pintoresca: En la Andalucía de la E*, un trabajo de campo sobre el habla de la zona oriental de Andalucía que, por cierto, le fue dedicado a Molina⁵¹. El poeta de Puente Genil recuerda en su poema «Carta a Dámaso Alonso» perteneciente a su libro *A la luz de cada día*, esas intensas excursiones por la zona, desde Jauja hasta Estepa, atravesando huertas, olivares y ríos, entrevistando a los paisanos, y visitando parroquias y ventas. El poema concluye:

Entre sembrados,
por ruinosos caminos vecinales,
a través de olivares melancólicos,
volvemos con la noche. Aldebarán
nos dice muchas cosas de Unamuno;
el cercano Genil, muchas de Lorca.
Mas tú prefieres la violencia viva
de tu rebelde inspiración, sondeas
el abismo patético del ser,
hablas de Dios, del hombre, de la muerte.
Yo, inmóvil, en silencio, para siempre,
verdad, poesía y libertad aprendo.⁵²

También Alonso recuerda aquellos entrañables pormenores que fueron construyendo la amistad: visitas, encuentros poéticos, favores, bromas, inolvidables paseos y el descubrimiento de una nueva Córdoba. Recuerda Dámaso Alonso con gratitud esas excursiones en la dedicatoria a su muerte.⁵³

Cuánto y qué agradable cariño me vertías. Y cómo te prestaste también a acompañarme, preparándolo todo, para una indagación lingüística en Lucena, y en tu tierra, tu Puente-Genil. Te adelantabas en todo y todo lo arreglabas.

Estos recuerdos reflejan todo lo que recibió Dámaso Alonso de Ricardo Molina como “beneficio de tu amistad”, tal como escribió en su homenaje de despedida. En él le halaga con el que podría ser el mejor cumplido dirigido a un poeta: «La imperfección del mundo se suaviza en los cientos de páginas que, escritas por ti, quedaron».

⁵¹ La dedicatoria reza: «A Ricardo Molina, a quien tanto debe este trabajito». Y en dedicatoria autógrafa del ejemplar conservado en la biblioteca de Molina se lee: «Para Ricardo con nostalgia de aquel viaje por la Andalucía de la E. Con un abrazo de Dámaso»

⁵² Ricardo Molina, *Obra poética completa*, Granada, Excma. Diputación Provincial de Córdoba, Antonio Ubago, editor, 1982. págs. 278, 279.

⁵³ *Opus cit.* pág. 10.



De izquierda a derecha: J. Quesada, Pablo García Baena, Julio Aumente, M^a Luisa Revuelta, Gerardo Diego, Perfecto García Conejero, Juan Bernier y Ricardo Molina (Taberna de Pepe. Judería de Córdoba, 1948. Foto publicada en *Fin de siglo. Revista de Literatura*, n^o 8. Jerez de la Frontera, 1984, pág. 7).



De izquierda a derecha (de pie):Julio Aumente, Jaime Navarro, Pepe Diéguez, Ricardo Molina, Pablo García Baena y J. Quesada; (sentados): María Luisa Revuelta, Dámaso Alonso, Perfecto García Conejero y Julián Costa. (Córdoba, 1948. Foto publicada en *Fin de siglo. Revista de Literatura*, n^o 8. Jerez de la Frontera, 1984, pág. 7).